

Recensión bibliográfica

Sacks, Oliver (2009). *Musicofilia. Relatos de la música y el cerebro*. Barcelona: Anagrama.

Comentado por Jimena Cristina Picón Janeiro¹

Como en sus otros libros, en *Musicofilia* el neurólogo inglés Oliver Sacks se dedica a recorrer historias de pacientes, músicos profesionales o personas comunes siguiendo la tradición de las “anécdotas clínicas”, historias de casos clínicos relatados en un estilo literario informal, con el fin de profundizar en la vivencia subjetiva y comprender las experiencias de las personas que se brindan a su observación. El autor conecta este enfoque con la cantidad enorme de investigaciones que desde las dos últimas décadas han expandido nuestro conocimiento en el campo de las neurociencias de la música, gracias al desarrollo de nuevas tecnologías que permiten explorar el cerebro mientras las personas escuchan, imaginan o

componen música. En este sentido, este libro contribuye a despertar el interés entre el público no especializado sobre lo mucho que en la actualidad se sabe de la relación entre la música y el cerebro.

En la primera parte, “Poseídos por la música”, Sacks se dedica a describir distintos casos de musicofilia extrema repentina, como el de un médico cirujano que tras recibir la descarga de un rayo comenzó a sentir una irrefrenable necesidad de escuchar música de piano, algo que no le había ocurrido nunca antes. Esta obsesión desencadenó en un deseo de interpretar las partituras de las obras que escuchaba, a pesar de haber pasado mucho tiempo desde aquellas escasas clases de piano que había tomado cuando era pequeño. Algo parecido le ocu-

¹ Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Psicología Matemática y Experimental “Dr. Horacio Rimoldi”. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CIIPME-CONICET).

rió a una mujer a la que le extirparon un tumor, quien, aunque antes no había sentido ningún interés particular en la música, comenzó a desear oír música después de la operación, emocionándose profundamente. También describe casos en los que personas “escuchan” música antes o durante sus ataques epilépticos, ataques en los que “la música estalla en sus cabezas”, y otros de epilepsia musicogénica, desencadenada por la música. Por ejemplo, un importante crítico musical del siglo XIX que luego de haber sufrido su primer ataque durante la representación de una ópera, se fue volviendo cada vez más sensible a la música hasta que casi cualquier melodía le provocaba convulsiones, desarrollando una verdadera fobia y renunciando a su profesión y al amor por la música. Luego de comentar los estudios pioneros en imaginería musical realizados durante la década del 90 por Zatorre y su equipo (que demostraron que imaginar música puede activar el córtex auditivo y motor de una manera casi tan intensa como si se la escuchara), Sacks afirma que en los músicos profesionales la imaginería musical deliberada o voluntaria pone en juego también a la corteza frontal, necesaria para la planificación y la elección. El autor trata de describir una experiencia común: la mayor parte de nosotros tenemos la experiencia de tener “música en nuestra mente”, reproduciendo música sin estimulación externa aparente, y algunas veces nos es posible encontrar el significado o una interpretación para que

determinada melodía se haya “despertado” en cierto momento. Algunas veces esos “conciertos” involuntarios resultan intrusivos o incontrolables, se “pasan de la raya”, se convierten en “gusanos cerebrales” repitiéndose sin cesar a veces durante días. De hecho, la industria musical aplicada a la publicidad desarrolla melodías pegadizas destinadas a ser “agentes musicales cognitivamente contagiosos”. Aunque la repetición de frases musicales enteras en la mente parece ser un fenómeno normal y universal, este fenómeno comparte características con el modo en que las personas con TOC, síndrome de Tourette o autismo pueden “engancharse” a un sonido, palabra o ruido y repetirlo en voz alta o para sí mismos. Finalmente, Sacks se ocupa de las alucinaciones musicales, distinguibles de la música imaginada en que poseen las cualidades de la percepción real y son vividas por quien las siente, por lo menos al principio, como provenientes de un origen externo.

En la segunda parte, “Una musicalidad variada”, el autor profundiza en las historias de personas que exhiben un déficit o un aumento de algunas habilidades musicales. Repasa distintos casos de amusia, en las que las melodías adquieren una cualidad desagradable, por ejemplo, personas que se quejan de escuchar un coche chirriante cuando oyen música o que comparan la música con el ruido de las sartenes y ollas tiradas al suelo. Describe casos de personas con “sordera” al ritmo, “sordera” al tono, amusia total,

distimbría, dificultades para percibir la disonancia, dificultades para reconocer melodías, etcétera. En el otro extremo, las personas con tono absoluto poseen la extraordinaria habilidad para identificar la nota de cualquier sonido de manera casi inmediata, mientras que a la mayoría de nosotros nos resultaría difícil identificar las notas fuera de contexto. Sacks nos explica “*Oyen el Do sostenido de manera tan instantánea y automática como nosotros vemos el azul*”. Repasa las enigmáticas correlaciones entre el tono absoluto y la edad a la que se comienzan los estudios musicales, el entorno lingüístico y la ceguera precoz. Los niños ciegos crean un mundo rico en sonido y tacto, y se interesan mucho más por la música que los que pueden ver. Entre los músicos ciegos (aun cuando hayan comenzado tardíamente sus estudios musicales) hay una proporción de tono absoluto mayor que en los videntes. Finalmente, relata casos que describen la relación entre música y sinestesia, personas que perciben las distintas armaduras de claves con distintos colores, tan “interiores” como intensos y subjetivamente “reales”. Otras personas relacionan los intervalos con un gusto, por ejemplo una mujer que sistemáticamente percibe una la segunda menor como “ácida”.

La tercera parte, “Memoria, movimiento y música”, comienza con la angustiante historia del músico inglés Clive Wearing, quien tras una encefalitis herpética presentaba una importantísima amnesia retrógrada junto con capacidad

de memoria de tan solo pocos segundos. Solamente dos “anclas” lo unían a la vida: su mujer y la música. A pesar de sus importantísimas dificultades, las habilidades y la memoria musical de Clive se mantenían intactas. Sacks se detiene en esta historia y logra darnos una idea de la perspectiva con la que afrontan la vida Clive y su esposa. Luego nos aproxima a la terapia musical aplicada a pacientes afásicos para facilitar la recuperación del lenguaje, a los poderes terapéuticos de tocar la batería y los círculos de percusión para “encauzar” el síndrome de Tourette, al influjo de la música rítmica para “liberar” los movimientos de los pacientes con Parkinson, y el papel benéfico del baile o el deporte “con ritmo” en la enfermedad de Huntington.

En la cuarta sección, “Emoción, identidad y música”, se ocupa de los aspectos afectivos de la música. Aunque muchas personas carecen de los elementos para apreciar la estructura de la música, la mayoría responden emocionalmente a ella. Sin embargo, algunas personas sufren una pérdida temporaria de esa respuesta emocional frente a la música después de una conmoción o un trauma. Este tipo de pérdida de manera permanente puede darse en algunas personas que sufrieron apoplejías del hemisferio derecho, quienes pudiendo apreciar intelectualmente la música la encuentran en cambio emocionalmente neutra. De modo inverso, otras personas con amusia adquirida, incapaces de reconocer melo-

días o patrones rítmicos, siguen siendo capaces de disfrutar emocionalmente de la música. Algunas personas con trastornos del estado de ánimo pueden aprender a autorregularse usando la música como medicina. Sacks rescata el testimonio de un paciente bipolar que le confiesa que cuando toca el piano, se pone a improvisar sintonizando con su estado de ánimo. Cuando está muy exaltado comienza con música a ese nivel y después de tocar, como en trance, puede ir “rebajando”

ese ánimo hacia uno más normal. De la misma manera, si está deprimido puede usar la música para “elevarse”.

En síntesis, a lo largo de este libro Oliver Sacks nos ofrece una multitud de historias que entrelazan la música y el cerebro, se esfuerza por citar las investigaciones empíricas en las que sustenta sus opiniones y juicios clínicos, y nos acerca al fascinante mundo de las ciencias cognitivas de la música desde una perspectiva sensible, personal y humana.